

Era posible creer que la dinastía asmónea estaba enterrada para siempre.

Los extraños giros de la farándula extraordinaria que llevaba a la nobleza romana por el mundo, le dieron, durante tres años, una vida efímera indudablemente, pero que demostró lo invencibles que eran las esperanzas de la nación, fallidas tantas veces.

Constantemente la venalidad de los jefes romanos se hacía cómplice de las rebeliones, y después de cada tentativa de los miembros supervivientes de la dinastía nacional reservaban como a propósito a los que aún podían producir nuevas revueltas. Antígono, que no ocultaba sus intenciones, obtenía miramientos de todo el mundo, menos de Herodes, que en cierto modo era su enemigo personal. Odiaba profundamente a los romanos, y por lo mismo no dejaba de buscar en todas partes aliados que tuvieran contra el pueblo-rey quejas análogas a las suyas. Su alianza con Tolomeo, hijo de Menneo, y con las dinastías indígenas de Siria, llevaba varios años de fecha. El año 41 se le ofreció un aliado más poderoso, el gran imperio Parto, auténtico rival de Roma. La organización feudal, casi germánica, del ejército se prestaba a incursiones de caballería irresistibles.

En aquella ocasión tuvieron la culpa los romanos, sobre todo Casio y Marco Antonio: éste, niño colosal, capaz de conquistar el mundo e incapaz de resistir a un placer; Casio, republicano sectario, capaz de hacer traición a la patria y a la civilización por su tema favorito. Marco Antonio, encargado de Oriente, todo lo olvidaba en brazos de Cleopatra. Casio había cometido la falta de llevar la pasión en la guerra civil hasta llamar al extranjero. El año 42 había mandado un embajador a los Partos para combinar con ellos operaciones contra los triunviros. La batalla de Filipos destruyó aquellos planes, pero Labieno, jefe de la embajada, siguió en la corte de los Partos y logró ganar al rey Orodes. A fines del 41 ó prin-

cipios del 40, un ejército parto, mandado por Pacoro, hijo de Orodés, y por Labieno, entró en Siria, venció al gobernador Decidio Saxa (que fue muerto), conquistó toda Fenicia, menos Tiro, y llegó a los límites de Palestina. Parecía que la estrella de Roma iba a palidecer. Todos los odios despertados por su fortuna se iban a polarizar alrededor de aquel acontecimiento capital.

Antígono se aprovecharía de él. El partido judío lo había adoptado por jefe contra Herodes y Farael. Antígono trató con Pacoro, comprometiéndose a pagar 1.000 talentos si le restablecía en el trono, mandando a Herodes y a todos los suyos. La segunda condición era entregar a los partos 500 mujeres que esperaba coger en los harenes de Herodes y Farael. Sea de esto lo que fuere, la invasión de Palestina era con tendencia a restablecer a Antígono. Pacoro marchó por el interior de las tierras: el sátrapa Barzafarne seguía la costa. Antígono iba con ellos. El grueso del ejército se detuvo en Acre. Formóse alrededor del Carmelo un partido judío, favorable a Antígono y se dirigió a Jerusalén. El pueblo se le unió y se trabó una lucha vivísima en el interior de la ciudad. El pueblo tomó el templo, y Herodes y Farael no conservaron más que el palacio y las murallas. La fiesta de Pentecostés, al llevar mucha gente a Jerusalén, complicaba las cosas. El destacamento de caballería parto, que sostenía a Antígono, estaba cerca.

Pretextando conservar el orden, Antígono los mandó entrar y entró con ellos, lo cual era, en realidad, tomar posesión de la ciudad.

Herodes y Farael no osaron empezar la batalla. Farael, que llevaba consigo el sumo sacerdote Hircano, fue cogido en una emboscada. Herodes se escapó, consiguió llegar a Masala, al Oriente del Mar Muerto, dejó allí a su familia y a sus soldados más fieles, y después de una tentativa imprudente para arrastrar a los nabateos de Petra, llegó a Egipto, vio a Cleopatra, y después de varias aventuras, desembarcó en Italia.

Mientras los partos entronizaban a Antígono y saqueaban Jerusalén y las cercanías, seguramente para reintegrarse del dinero que Antígono les había prometido. Las 500 mujeres se habían marchado con Herodes y no había que pensar en ellas. Antígono se estableció como verdadero rey judío con el nombre de Mattatiah. Los partos le entregaron a Farael e Hircano. Farael quiso matarse y Antígono le ayudó, haciéndole tomar medicamentos envenenados para curar las heridas que se había hecho. Queriendo acumular según el antiguo tipo asmóneo el sacerdocio y la realeza, Antígono mandó mutilar a Hircano, de manera que no pudiera ejercer sus funciones en el altar, y luego enviaron al desdichado anciano a Partia.

Antígono Mattatiah hizo uso de todos los derechos de la realeza. Hizo una emisión de monedas bilingües, regias y sacerdotales, a un tiempo. El pueblo judío le fue muy adicto. El templo le daba rentas considerables. Después de trece años un retoño de los asmóneos, cuya vida conservó la venalidad de los romanos, resucitaba una dinastía que se creía extinguida para siempre.

El fallo radical del plan de Antígono era no pensar en la diferencia profunda entre Roma y los partos. La política de los partos siempre

fue muy incoherente. No tenían Senado, y sostenían la identidad personal del imperio, haciendo del Estado un hombre que nunca moría.

Unas cortas invasiones no podían ser fundamento de una política seguida. Las invasiones de los partos, posteriores a 41-40, fueron mucho más débiles, y dejaron en muy mala situación a Antígono. Roma, entretanto, duraba, y perdía con esto a sus enemigos.

Cuando llegó a Roma, Herodes fue a contar a Antonio sus desdichas y las de Judea. Convocóse al Senado, y se le presentó al príncipe idumeo. Se recordaron sus servicios y los de su padre. Antígono, culpable de haber recibido de los partos un título regio que sólo Roma podía conferir, fue declarado enemigo de la república. Antonio propuso crear a Herodes rey de los judíos, y se dio un decreto disponiéndolo así. Finalizada la sesión, Herodes, colocado entre Antonio y Octavio, y acompañado de los cónsules, subió al Capitolio para dar gracias a los dioses y asistir al registro del decreto dado en favor suyo en el *tabularium* (40 a. antes de J.C.).

Lógicamente, aquel nombramiento no fue aceptado en Palestina. Herodes tuvo que conquistar el reino que el Senado romano le había dado. Los judíos se negaban rotundamente a reconocerlo, aunque se les obligara por el tormento.

Ventidio fue mandado a Siria para combatir a los partos y sostener a Herodes, y obró al principio con flojedad. Acampó delante de Jerusalén, pero Antígono que disponía de las rentas del pueblo, le sobornó, así como a su teniente Silo. Antígono esperaba la rápida vuelta de los partos y apretaba el sitio de Masada, donde el partido de Herodes se defendió por su parte con gran energía.

El nuevo rei de los judíos llegó a Acre y se puso al mando de su pequeño ejército. Ventidio y Silo le sostuvieron mal. El mismo Silo le hizo traición y Herodes tuvo que considerar como una suerte verse libre de aquel auxiliar. Herodes tomó varias plazas en Galilea. Luego tomó a Joppe, libró a Masada, y se presentó delante de Jerusalén con su ejército, que sin cesar aumentaba.

Aquella guerra fue larga y difícil, y allí muchos jefes desplegaron gran habilidad. El lance de las grutas de Arbela fue uno de los esfuerzos más difíciles. Habiendo vencido Ventidio a los partos, puso a disposición de Herodes dos legiones mandadas por un tal Maqueras, que se dejó sobornar por el oro de Antígono y puso obstáculos a aquel a quien debía defender. Herodes se decidió a ir en busca de Antonio, que en aquel momento sitiaba a Samosata contra Antíoco de Comagene. Quiso quejarse a él de la conducta de sus tenientes y tratar de que se le defendiera mejor (38 antes de J.C.). Estando ausente uno de sus hermanos fue muerto en Jericó. Los galileos se rebelaron y ahogaron en el lago de Jenezareth a todos los funcionarios que les había dejado Herodes. Todo quedaba muy mal y se dudaba de si Roma era verdaderamente la fuerza invencible.

A lo largo del invierno de 38-37, Herodes llevó las operaciones de la guerra rigurosamente. En primavera puso sitio a Jerusalén, según las reglas aplicadas por Pompeyo veintiséis años antes. Mientras se ejecutaban los trabajos preparatorios, fue Herodes a Samaria para celebrar su casamiento con Mariana, a la que se había prometido hacía años. Termi-

nadas las ceremonias, Herodes, auxiliado por fuerzas romanas considerables, al mando del legado Cayo Sosio, reanudó el sitio.

Los sitios de la Jerusalén antigua siempre eran largos y complicados con hambre, por estar cortada la ciudad interior en recintos múltiples, que formaban como muros divisorios. El primer recinto fue tomado en cuarenta días. El segundo en quince. Faltaban víctimas para el sacrificio perpetuo. Los judíos pidieron a los romanos que dejaran entrar los animales necesarios. El asalto del templo fue terrible. Exasperados los romanos por lo largo de la resistencia, hicieron gran matanza. Herodes dijo después que había hecho todo lo posible por calmar su furor.

Antígono salió de la torre Baris y se echó a los pies de Sosio, que fue poco generoso y le insultó, le mandó cargar de cadenas y le entregó a Antonio, en Antioquía como cautivo que valía dinero. En efecto, por una gran cantidad de dinero, logró Herodes que Antonio mandara degollar a su rival. Era la primera vez que los romanos imponían a un rey semejante suplicio, que hacían más ignominiosos los azotes que le precedían. Antonio lo creyó necesario para humillar el orgullo judío. Herodes tenía en ello un gran interés. Si hubiera quedado vivo Antígono, el pueblo habría opuesto siempre su realeza legítima al título profano de Herodes. Quizás Antígono hubiera pleiteado ante el Senado romano por la validez de su título, y el Senado le habría dado razón al palidecer la estrella de Antonio.

La matanza y el saqueo se prolongaron varios días después de la toma de la ciudad. Herodes sólo consiguió acabar con tales horrores prometiéndole a Sosio recompensar ampliamente con su peculio a los legionarios que habían pasado tantos trabajos durante el sitio. No quería que los soldados profanasen el templo y viesen los objetos sagrados que ni aun los judíos debían contemplar. Sosio, antes de marcharse, consagró al dios del templo una corona de oro. Una moneda acuñada en Zacinto conserva el recuerdo de su hazaña.

Ese débil intento de restauración asmónea no tuvo consecuencias. Quedaba definitivamente fundada la monarquía de Herodes. Ya no habrá otra gran revolución judía hasta el año 70 después de J.C. No debieron de faltar entonces libros consoladores para el pueblo judío. Con el nombre de *Baruch*, el compañero de Jeremías, apareció uno que expresaba vivamente las tristezas de aquellos tiempos y estaba impregnado de la resignación que convenía a los hombres tranquilos. El libro es bastante anodino; debió de ser compuesto en hebreo y leído con avidez por los que padecían.

El Salterio de Salomón también es anodino, y viene a ser una fría copia de los salmos antiguos. Su antipatía hacia el sacerdocio oficial recuerda el sentir de los asenios.

Igual sentimiento de odio hacia el sacerdocio asmóneo se encuentra en muchos escritos de aquella época, como apuntación de Moisés, el pequeño Génesis y ciertas partes del libro de Henoch. La gente devota que escribía aquellos libros eran laicos, que contribuían más a la obra de Israel que todo el personal del templo. Los pietistas eran anticlericales, y se comprende que ante tal decadencia del sacerdocio, los fariseos vieran sin pesar el dominio extranjero que sustituía a una dinastía desacredi-

tada, y que los esenios se retirasen a sus tranquilas agapas, y que los visionarios de aquel tiempo consideraran el fin trágico de los asmóneos como un juicio de Dios.